

UN ANALISIS TRANSVERSAL Y LONGITUDINAL DE LA RELACION ENTRE AUTOESTIMA Y CONDUCTA ANTISOCIAL EN LOS ADOLESCENTES

Estrella Romero

M. Ángeles Luengo

M. Teresa Carrillo-de-la-Peña

José M. Otero-López

Departamento de Psicología Social y Básica
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

RESUMEN

El papel desempeñado por la variable autoestima en el desarrollo de la conducta delictiva constituye un tema singularmente controvertido dentro del campo de estudio de la inadaptación social. Mientras ciertos planteamientos teóricos (modelo de la contención de Reckless, modelo del "self-enhancement" de Kaplan) consideran que la autoestima es una pieza clave en la génesis de los comportamientos antisociales, la evidencia empírica hoy disponible tiende a arrojar resultados contradictorios. En un intento por superar estas controversias, el presente trabajo incorpora una visión multidimensional del constructo autoestima al análisis de la relación entre autoestima y conducta antisocial. A una muestra de 1549 adolescentes (719 varones y 830 mujeres) se les aplicó en dos ocasiones distanciadas por un lapso de tiempo de un año la Escala de Autoestima de Rosenberg, el Inventario de Autoestima de Coopersmith y el Cuestionario de Conducta Antisocial (CCA). A partir de estos datos se examina la asociación transversal y longitudinal entre la conducta antisocial y diferentes componentes de la

autovaloración. Los resultados indican que distintas dimensiones de la autoestima muestran una asociación de diferente signo con la conducta desviada y que bajos niveles en ciertos componentes de la autoestima se revelan como consecuencia, más que como antecedente, de la implicación en actividades delictivas.

Palabras clave: CONDUCTA ANTISOCIAL, AUTOESTIMA, ADOLESCENTES, ESTUDIO LONGITUDINAL.

SUMMARY

The role of self-esteem in the development of delinquent behaviour is a matter of some controversy in the field of social maladjustment. Although theoretical approaches such as Reckless's containment model or Kaplan's self-enhancement model treat self-esteem as fundamental in the genesis of antisocial behaviour, current empirical evidence is inconclusive. In an attempt to avoid such controversies, in this work we investigate the relationship between antisocial behaviour and a multidimensional concept of self-esteem. A questionnaire of antisocial behaviour, Rosenberg's Self-Esteem Scale, and Coopersmith's Self-Esteem Inventory were administered to a sample of 1549 adolescents (719 males and 830 females) in 1991 and 1992. Cross-sectional and longitudinal analyses showed that correlation with antisocial behaviour is positive for some components of self-esteem but negative for others, and that low scores for certain components seem to be a consequence, rather than a cause, of involvement in delinquency.

Key words: ANTISOCIAL BEHAVIOUR, SELF-ESTEEM, ADOLESCENTS, LONGITUDINAL STUDY.

De entre los numerosos factores de índole psicosocial que en la literatura científica se han supuesto asociados al desarrollo de comportamientos delictivos, la variable autoestima ocupa, sin lugar a dudas, un lugar inusitadamente controvertido. Postulados teóricos, evidencia empírica y programas de intervención han seguido a este respecto rutas dispares, de forma que el alcance y la naturaleza de la relación entre autoestima y conducta antisocial constituyen, hoy por hoy, incógnitas a despejar.

En lo que a *formulaciones teóricas* se refiere, diversos autores han puesto de relieve la importancia que la autoestima puede adquirir en la génesis de los comportamientos desviados. En esta línea se sitúan, por ejemplo, los planteamientos de la "teoría de la contención" formulada por Reckless en los años 60 (Reckless, 1961, 1967). Desde esta perspectiva, que se enmarca dentro de lo que se conoce como "teorías del control social", se asume que una baja autoestima constituiría un síntoma significativo de un débil control interno (o autocontrol) y representaría, por ende, un importante factor de riesgo cara a la implicación en actividades desviadas.

Pero el modelo teórico que ha gozado de un más alto poder heurístico en el ámbito de las relaciones entre autoestima y conducta antisocial ha sido el desarrollado en los últimos 20 años por Howard B. Kaplan (e.g., Kaplan, 1972, 1975, 1977, 1978, 1980, 1984; Kaplan y Fukurai, 1992; Kaplan y Johnson, 1991; Kaplan, Martin y Robbins, 1982, 1985; Kaplan y Peck, 1992). El entramado teórico de Kaplan parte de la asunción de que en todos los individuos el "motivo de autoestima" constituye un potente dinamizador del comportamiento; esto es, en todos los individuos existiría una fuerte tendencia a emitir conductas que maximicen la experiencia de una autoestima positiva y que minimicen la vivencia de autoactitudes negativas. En determinados casos, la persona puede vivir dentro de sus grupos de pertenencia experiencias de signo negativo (e.g., indiferencia parental, fracaso escolar) que le llevan a sufrir sentimientos de autodevaluación. Cuando esto ocurre, el individuo se sentirá impelido por su "motivo de autoestima" a rechazar esos grupos de pertenencia convencionales y a iniciar cursos de acción que mitiguen la autodevaluación. De este modo, aumentará la probabilidad de asociación con grupos desviados y se desarrollarán en el individuo conductas "inadaptadas" con el fin de restaurar la autoestima perdida. En definitiva, la conducta antisocial actuaría como un mecanismo compensatorio que elevaría la deteriorada autovaloración del sujeto (efecto que en la literatura sobre el tema se conoce como "self-enhancement").

Sin embargo, a pesar que desde la atalaya de modelos teóricos como los de Reckless y Kaplan se ha hecho hincapié insistentemente en la existencia de una asociación entre una baja autoestima y la emisión de comportamientos antisociales, la *evidencia empírica* hoy disponible ha aportado resultados poco concluyentes.

Cuando autoestima y conducta antisocial se han evaluado en un mismo

momento temporal (estudios de carácter transversal) se ha tendido a observar la existencia de una covariación negativa, si bien de intensidad débil, entre ambos constructos (Burdett y Jensen, 1983; Leung y Drasgow, 1986; Lochman y Lampron, 1986; Singh, Verma, Arora y Agrawi, 1986).

Cuando se ha recurrido a datos longitudinales para examinar cómo influye la autoestima sobre la delincuencia y cómo afecta la delincuencia a la autoestima, la evidencia empírica se ha mostrado mucho más confusa. Por una parte, la copiosa investigación realizada por Kaplan en las últimas dos décadas ha tendido a apoyar sus planteamientos teóricos. Este autor parte de los datos recogidos a través de autoinformes en una muestra de más de 3.000 adolescentes escolarizados, con los que se contactó en tres ocasiones distanciadas por lapsos temporales de doce meses. Los hallazgos obtenidos por este autor a partir de sucesivos análisis realizados sobre dichos datos indican que la autoestima parece influir negativamente sobre la delincuencia y que la delincuencia parece afectar positivamente a la autoestima (e.g., Kaplan, 1975, 1977, 1978; Kaplan, Johnson y Bailey, 1987, 1988; Kaplan, Robbins y Martin, 1984).

Sin embargo, otros estudios longitudinales “clásicos” dentro del estudio de las relaciones entre autoestima y conducta antisocial (McCarthy y Hoge, 1984; Wells y Rankin, 1983) han encontrado que la influencia de la autoestima sobre la delincuencia es extremadamente débil (“negligible” es el calificativo que recurrentemente emerge en estos trabajos); además, el efecto de la delincuencia sobre la autoestima es también muy poco intenso y, contrariamente a lo postulado por Kaplan, adquiere un signo negativo: más que restaurar la autoestima del sujeto, la delincuencia parece deteriorar la autovaloración.

Esta disparidad de resultados y conclusiones se halla probablemente determinada, al menos en gran medida, por la forma en que se ha conceptualizado y operacionalizado la autoestima en los trabajos que han intentado una aproximación a la relación entre esta variable y la conducta antisocial.

En concreto, el hecho de que en tales trabajos se considere a la autoestima como un constructo simple y unitario resulta disonante, a todas luces, con las recomendaciones sugeridas en los últimos años por quienes se han ocupado de profundizar rigurosamente en la naturaleza conceptual de este constructo (e.g., Delugach, Bracken, Bracken y Schike, 1992; Eccles, Wigfield, Flanagan et al., 1989; Marsh, 1990). En este sentido, entre los

estudiosos de la autoestima la visión de esta variable como un atributo monolítico, "de una pieza", ha dado paso con una celeridad progresivamente mayor a la visión de la autoestima como un constructo en el que, junto a un factor general "tipo Spearman", coexisten múltiples facetas o dimensiones (e.g., "académica", "social", "familiar"...), que deben ser tenidas en cuenta a la hora de explorar las interconexiones de la autovaloración con otros constructos.

En el campo concreto de estudio de la relación entre autoestima y delincuencia, la necesidad de incorporar una visión multidimensional de la autoestima ha sido ya puesta de relieve por investigadores como Leung y Lau (1989). En opinión de estos autores, la tendencia de los trabajos previos a utilizar índices "generales" de autoestima actúa empobreciendo el análisis de la compleja relación entre esta variable y la delincuencia y contribuye a que las covariaciones y las influencias entre autoestima y conducta antisocial se tornen especialmente endeables, inestables, inconsistentes. La consideración de la autoestima sentida en dominios más concretos de autovaloración (e.g., la familia, la escuela o el grupo de iguales) permitiría desenmascarar con exhaustividad el tejido de relaciones que delimitan la controvertida relación entre autoestima y conducta antisocial; de hecho, los resultados que estos autores obtienen en un estudio transversal en el que evalúan diferentes dimensiones de la autoestima sugieren que la relación entre ambos constructos puede presentar diferente signo e intensidad en función del dominio de autovaloración considerado.

En línea con las tendencias más actuales en el campo de la conceptualización y operacionalización de la autoestima y en línea con las sugerencias de Leung y Lau (1989) hemos planteado, precisamente, el presente trabajo. Nuestro primer objetivo consistió en examinar la relación que existe, a nivel transversal, entre delincuencia y autoestima, tanto cuando ésta es evaluada a través de un índice global como cuando se tienen cuenta ámbitos específicos de autovaloración. En segundo lugar, nos propusimos aplicar esta visión multidimensional de la autoestima al examen de las relaciones que se establecen a nivel longitudinal entre ambos constructos; en este sentido, este trabajo pretendió aproximarse al esclarecimiento del papel desempeñado por distintas dimensiones de la autoestima como posibles predictores de la involucración en actividades delictivas y pretendió acercarse asimismo a la dilucidación del posible efecto que la delincuencia ejerce sobre diferentes dimensiones de la autovaloración.

METODO

Muestra

La muestra de este estudio estuvo formada por 1549 adolescentes gallegos escolarizados (718 varones y 830 mujeres), con los que se contactó en dos ocasiones separadas por un período de tiempo de aproximadamente 12 meses. Las edades de estos sujetos oscilaban en la primera recogida de datos entre los 12 y los 18 años, con una media de 14.37 y una desviación típica de 1.77. Eran adolescentes pertenecientes predominantemente a estratos socioeconómicos medio-bajos y escolarizados a nivel de 7º y 8º de EGB, BUP y FP en centros públicos y privados de diversas ciudades y áreas rurales de Galicia.

Instrumentos

Los instrumentos de evaluación utilizados en este estudio fueron instrumentos tipo autoinforme. En concreto, se administraron la Escala de Autoestima de Rosenberg (RSES; Rosenberg, 1965), el Inventario de Autoestima de Coopersmith (SEI; Coopersmith, 1959) y el Cuestionario de Conducta Antisocial (CCA), elaborado por nuestro equipo de investigación.

La *Escala de Autoestima de Rosenberg* (1965) fue aplicada con el fin de evaluar autoestima "general". Consta de 10 ítems que aluden a sentimientos globales de autovaloración (e.g., "En general estoy satisfecho conmigo mismo"), cinco de los cuales están redactados en sentido positivo, mientras que otros cinco se presentan en dirección negativa. El formato habitual de presentación de esta escala es un formato tipo Likert; en concreto, en este trabajo hemos utilizado un formato Likert con cuatro categorías de respuesta (de "Muy de Acuerdo" a "Muy en Desacuerdo"). La fiabilidad de esta escala se halla ampliamente documentada en la literatura; McCarthy y Hoge (1982), por ejemplo, han informado de coeficientes de consistencia interna (alpha de Cronbach) que se sitúan entre .74 y .77 y se han encontrado índices de fiabilidad test-retest que oscilan entre .63, con un intervalo de siete meses y .85 con un período entre pases de dos semanas (cf. Bracken y Mills, 1993). La validez de la escala como medida unidimensional de la autoestima ha sido también corroborada en numerosos trabajos (e.g., Chiu, 1988; Demo, 1985; Rosenberg, 1965; Silber y Tippet, 1965).

El *Inventario de Autoestima de Coopersmith* (1959) nos sirvió para evaluar dimensiones más específicas de la autoestima. El instrumento, que consta de 58 ítems con un formato de respuesta dicotómica, ha mostrado también niveles adecuados de fiabilidad y validez en diversos estudios (cf. Bracken y Mills, 1993; Demo, 1985; Spatz y Johnston, 1973) y ha sido factorizado en España por García Torres (1983). Los resultados de esta autora indican que son cuatro los factores que fundamentalmente dan cuenta de la estructura interna del inventario. Uno de ellos aglutina ítems referidos a autoestima global (e.g., "Estoy muy seguro de mí mismo"); otros dos factores aluden, respectivamente, a autoestima experimentada en el contorno *familiar* (e.g., "En casa me hacen mucho caso") y en el contexto de las relaciones con el *grupo de iguales* (e.g., "Los demás chicos aceptan mis ideas"). Y otro factor, en fin, incorpora elementos que hacen referencia a la autoestima vivida en el marco *escolar* (e.g., "Mis profesores me hacen sentir inferior"), si bien incluye también elementos de índole más general (e.g., "Tengo una buena opinión de mí mismo"); este factor fue denominado por García Torres "Descontento consigo mismo". En el presente trabajo tomaremos en consideración esta estructura mostrada por el SEI en nuestro país. Para nuestros análisis tendremos en cuenta, en concreto, las puntuaciones obtenidas por nuestros sujetos en los factores más vinculados a ámbitos específicos, esto es, el factor que atañe a autoestima familiar, el que se refiere a autoestima experimentada en las relaciones con los iguales y el que fue llamado por García Torres "Descontento consigo mismo".

La involucración del sujeto en actividades antisociales fue evaluada a través del *Cuestionario de Conducta Antisocial* (CCA). Este cuestionario fue elaborado por nuestro equipo de investigación a partir de una revisión de las escalas de conducta antisocial más relevantes en el área, así como de un examen de las conductas antisociales más frecuentes entre delincuentes del ámbito sociocultural español. De un conjunto inicial de 141 ítems se seleccionaron aquellos que permitían una mejor discriminación entre delincuentes y no delincuentes; así, la versión definitiva quedó integrada por 82 elementos cuyo contenido hace referencia a actividades de vandalismo (15 ítems), robo (18 ítems), agresión (15 ítems), conductas contra normas (13 ítems) y consumo y tráfico de drogas (21 ítems). En las instrucciones se insta a los sujetos a marcar, para cada elemento, la frecuencia de realización de la conducta a la que el ítem alude; las opciones de respuesta son, en concreto: "Nunca (0 veces)", a la que se asigna una puntuación de 0; "Pocas ve-

ces (de 1 a 6 veces)", que se puntúa con un valor de 1, "Bastantes veces (de 6 a 10 veces)", que puntúa con 2 y "Con frecuencia (10 ó más veces)", a la que se asignan tres puntos. La puntuación del sujeto en el continuo "conducta antisocial" viene dada por el sumatorio de las puntuaciones obtenidas en cada uno de los 82 ítems. La consistencia interna de la escala (alpha de Cronbach) es de .98. Y su validez como medida de conducta antisocial ha sido constatada en diversos estudios (e.g., Carrillo-de-la-Peña, 1993; Luengo, Carrillo-de-la-Peña, Otero-López y Romero, en prensa; Mirón, 1990; Otero-López, 1992).

Procedimiento

Los instrumentos descritos fueron aplicados a los sujetos en dos ocasiones. La primera de ellas, a la que en adelante, y siguiendo la terminología al uso en los estudios longitudinales denominaremos "Tiempo 1" (T1), tuvo lugar en la primavera de 1991; la segunda recogida de datos (T2) fue efectuada en la primavera de 1992. La administración de los cuestionarios fue colectiva, en horario de clase. La participación de los sujetos fue voluntaria y se aseguró en todo momento el anonimato y la confidencialidad de los datos recabados.

Análisis estadísticos

Para la consecución de los objetivos de este trabajo utilizamos los análisis que a continuación se describen, efectuados todos ellos a través del paquete estadístico SPSS-X.

Análisis transversal

A fin de lograr nuestro primer objetivo (i.e., examinar cómo covarían autoestima y conducta antisocial cuando se evalúan en un mismo momento temporal), efectuamos un *análisis de correlación* a partir de los datos recogidos en la primera medición (T1). Por medio de esta técnica estimamos la magnitud y la dirección de las correlaciones de Pearson que se establecen

a nivel transversal entre la delincuencia y las diferentes dimensiones de la autoestima.

Análisis longitudinales

De acuerdo con nuestro segundo objetivo (examen longitudinal de las relaciones entre autoestima y conducta antisocial) intentamos comprobar en qué medida, en consonancia con lo postulado por la teoría de la contención y por el modelo de Kaplan, la involucración en conductas antisociales venía precedida por bajos niveles de autoestima. Y pretendimos averiguar, asimismo, en qué medida esa involucración en conducta antisocial se acompañaba de una elevación (o quizás un decremento) posterior en la autoestima de los individuos.

Para ello procedimos a seleccionar determinados grupos entre nuestros sujetos. Uno de ellos (Grupo I) fue integrado por individuos que habían presentado durante las dos mediciones un bajo grado de conducta antisocial (puntuaciones iguales o inferiores al percentil 25). El otro grupo (Grupo II) estaba compuesto por sujetos que en la primera medición mostraban también un bajo nivel de conducta antisocial, pero que habían experimentado luego un incremento en esa variable; en concreto, en la segunda medición (T2), presentaban puntuaciones iguales o superiores al percentil 50.

Realizamos luego una serie de *análisis de varianza* destinados a comparar los niveles de autoestima que ambos grupos habían presentado en la primera medición. Intentamos comprobar así si los sujetos que se hacían más antisociales eran individuos que habían presentado previamente puntuaciones en autoestima diferentes a aquellos que permanecían como "poco antisociales".

Con el fin de comprobar si con el aumento en conducta antisocial la autoestima del sujeto se veía favorecida (o perjudicada) en comparación con la evolución que seguía la autoestima de los sujetos del Grupo I, efectuamos una serie de *pruebas "t" para mediciones repetidas*; por medio de estas pruebas comparamos, para cada grupo, las puntuaciones en autoestima obtenidas en T1 con las obtenidas en T2 y examinamos así los patrones de evolución de la autoestima experimentados por ambos grupos de individuos.

Estos análisis (análisis de varianza, pruebas "t") fueron luego realizados tomando dos grupos de sujetos que el primer año habían mostrado ya

niveles moderadamente altos de conducta antisocial (puntuaciones ubicadas entre los percentiles 50 y 75, respectivamente); uno de ellos (Grupo III) se había mantenido en esos niveles moderados de conducta antisocial durante el segundo año; sin embargo, el otro grupo (Grupo IV), había experimentado entre las dos mediciones una elevación significativa en sus puntuaciones en el CCA, presentando en T2 puntuaciones superiores al percentil 75. Con estos nuevos análisis intentamos comprobar si una autoestima baja se podía considerar antecedente de ese paso de conducta antisocial moderada a conducta antisocial relativamente alta e intentamos examinar si la autoestima se veía afectada por esa transición hacia elevados niveles de conducta antisocial.

La composición de los Grupos I a IV se recoge en la Tabla 1.

TABLA 1.- Número de sujetos, distribución por sexos y media de edad (T1) de los grupos seleccionados para los análisis longitudinales

	N	Varones	Mujeres	Media de edad en T1
Grupo I (Baja conducta antisocial en T1 y en T2)	258	60	198	13.87
Grupo II (Baja conducta antisocial T1 - incremento en conducta antisocial T2)	104	34	70	13.70
Grupo III (Moderada conducta antisocial en T1 y en T2)	198	102	96	14.60
Grupo IV (Moderada conducta antisocial en T1 - alta conducta antisocial T2)	112	66	46	14.33

RESULTADOS

Análisis transversal

Los resultados del análisis de correlación efectuado sobre los datos recabados en T1 se muestran en la Tabla 2.

TABLA 2.- Coeficientes de correlación de Pearson entre las diferentes dimensiones de autoestima (T1) y las puntuaciones en el CCA (T1). N=1549

Autoestima global (Rosenberg)	Autoestima en el contexto familiar	Autoestima en el contexto de los iguales	''Descontento consigo mismo''
-.05*	-.21***	.08**	-.13***
Nota: * p<.05 ** p<.01 *** p<.001			

A este respecto, cabe reseñar en primer lugar que no todas las dimensiones de autoestima mantienen correlaciones de igual *signo* con la implicación en comportamientos desviados. Así, si bien la autoestima medida por la escala de Rosenberg, la autoestima en el contexto familiar y el factor "Descontento consigo mismo" se relacionan de forma negativa con la conducta antisocial, la autoestima sentida en el contexto de los iguales se asocia positivamente a las puntuaciones en el CCA.

Las correlaciones son, en general, *poco intensas* (aunque, dado el elevado tamaño de la muestra, alcanzan la significación estadística). De los cuatro índices calculados, es el correspondiente a la autoestima general el que presenta una magnitud más reducida (-.05) y una menor significación estadística ($p<.05$), mientras que es el componente de autoestima familiar el que muestra un coeficiente más alto (-.21).

A la luz del análisis de correlación realizado con datos transversales hay que señalar, pues, que cuanto mayor es el nivel de conducta antisocial del individuo, tienden a ser menos positivas la autovaloración global y la autoestima experimentada en los entornos familiar y escolar¹. Por contra, cuanto más elevado es el nivel de conducta antisocial, más alta tiende a ser la autoestima que el sujeto siente en el marco de las relaciones con su grupo de iguales.

Análisis longitudinales

Una vez constatada la existencia de este patrón de relaciones, pretendimos aproximarnos a la averiguación de *qué precede a qué*, i.e., intentamos conocer en qué medida una baja autoestima "general" y una baja autoestima en los marcos familiar y escolar antecedían y/o subseguían a la involucración en modos de conducta desviados; e intentamos conocer hasta qué punto podíamos considerar a una alta autoestima en el grupo de iguales como un precedente y/o una consecuencia de la implicación en esa categoría de comportamientos. Para ello, realizamos los análisis longitudinales que fueron avanzados en el apartado "Análisis estadísticos".

En la Tabla 3 se presentan los resultados de los análisis de varianza realizados con el fin de comparar los niveles de autoestima mostrados en T1 por el Grupo I (grupo que había presentado bajos niveles de conducta antisocial en las dos mediciones) y el Grupo II (que, partiendo de niveles igualmente bajos de conducta antisocial en T1, había mostrado en T2 un aumento en sus puntuaciones en el CCA).

Como se puede observar en esta tabla, los análisis de varianza revelaron que no existieron diferencias significativas entre los dos grupos en ninguna de las dimensiones de autoestima. Así pues, los adolescentes que incrementaban su nivel de conducta antisocial eran sujetos que en la primera medición no habían puntuado en autoestima de forma diferente a los individuos que no experimentaban este incremento.

¹ Los ítems del factor "Descontento consigo mismo" (factor que, recordémoslo, refleja en cierta medida la autoestima vivida en el espacio escolar) fueron puntuados en el mismo sentido que los de el resto de las dimensiones, de forma que una alta puntuación en este factor indica una alta autosatisfacción, un bajo "descontento" con el propio yo. De este modo, una correlación negativa entre esta dimensión y la conducta antisocial revela, como en los otros casos, que a mayor conducta antisocial, menor autoestima (y viceversa).

TABLA 3.- Medias y desviaciones típicas en autoestima (T1) para el *Grupo I* (baja conducta antisocial T1-baja conducta antisocial T2) y el *Grupo II* (baja conducta antisocial T1-incremento en conducta antisocial T2); valores F, grados de libertad y niveles de significación de las diferencias en autoestima (T1) entre ambos grupos

	GRUPO III		GRUPO IV		F	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	DESVIACION TIPICA	MEDIA	DESVIACION TIPICA			
Autoestima global (Rosenberg)	29.03	4.80	28.47	4.47	1.16	1/353	n.s.
Autoestima en el contexto familiar	4.85	1.54	4.55	1.56	2.71	1/354	n.s.
Autoestima en el contexto de los iguales	5.73	2.06	5.97	2.12	.97	1/357	n.s.
“Descontento consigo mismo”	9.19	2.81	8.89	3.08	.94	1/354	n.s.

Nota: n.s. = no significativo

A fin de examinar la evolución seguida por la autoestima de estos dos grupos de sujetos entre T1 y T2, se calcularon a continuación los valores “t” resultantes de comparar, para cada grupo, las puntuaciones en autoestima obtenidas en la primera medición con las obtenidas el año siguiente. Los resultados, que se presentan en la Tabla 4, nos indican que los patrones de evolución de la autoestima global y de la autoestima sentida en el grupo de iguales fueron similares en el Grupo I y en el Grupo II. Concretamente, ni en uno ni en otro grupo estas variables sufrieron cambios significativos entre el primero y el segundo año. Sin embargo, los patrones de evolución

TABLA 4.- Medias y desviaciones típicas (SD) en autoestima medida en T1 y en T2 para los Grupos I y II; valores t, grados de libertad y nivel de significación de las diferencias entre ambas mediciones

AUTOESTIMA GLOBAL (Rosenberg)	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO I	29.04	4.81	29.56	4.77	-1.06	250	n.s.
GRUPO II	28.47	4.47	28.52	5.18	-.44	100	n.s.
AUTOESTIMA EN EL CONTEXTO FAMILIAR	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO I	4.87	1.52	4.75	1.58	1.40	251	n.s.
GRUPO II	4.55	1.56	3.75	1.84	3.93	101	p<.001
AUTOESTIMA EN EL CONTEXTO DE LOS IGUALES	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO I	5.75	2.06	5.98	1.95	-1.78	254	n.s.
GRUPO II	5.97	2.12	6.20	2.30	-1.04	101	n.s.
DESCONTENTO CONSIGO MISMO	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO I	9.20	2.82	10.03	2.87	-3.20	250	p<.01
GRUPO II	8.89	3.08	8.69	3.12	.71	101	n.s.
Nota: n.s. = no significativo							

sí fueron diferentes en las variables referentes a autoestima en contextos convencionales. En concreto, mientras que en el Grupo I, la autoestima en el contexto familiar no experimentó cambios significativos, en el Grupo II esta autoestima sufrió un decremento (4.55 vs. 3.75, $p < .001$). Y mientras en el Grupo I la autoestima más relacionada con el contexto escolar ("Descontento consigo mismo") se vio incrementada (9.20 vs. 10.03, $p < .01$), en el Grupo II se mantuvo sin variaciones estadísticamente significativas. Estos análisis nos sugieren así que el incremento en conducta antisocial parece afectar *negativamente* a la autovaloración sentida en los contextos convencionales, ya sea produciendo un decremento en esos niveles de autoestima, ya sea provocando una suerte de "estancamiento" o "paralización", en comparación con las pautas evolutivas seguidas por la autoestima de aquellos cuya conducta antisocial no aumenta.

Los análisis realizados con los Grupos I y II fueron luego efectuados a partir de los datos pertenecientes a los Grupos III (moderada conducta antisocial en T1 y en T2) y IV (moderada conducta antisocial en T1 - alta conducta antisocial en T2). De este modo, pretendimos comprobar si una autoestima baja (o alta) se podía considerar antecedente del paso de conducta antisocial moderada a conducta antisocial alta; e intentamos examinar si la autoestima se veía afectada por ese cambio en el nivel de conducta antisocial.

Los resultados de los análisis de varianza realizados con el fin de comparar los niveles de autoestima presentados por ambos grupos en T1 se muestran en la Tabla 5.

Tal y como se observa en la tabla, los dos grupos habían presentado en T1 puntuaciones equivalentes en autoestima global y habían presentado puntuaciones también semejantes en autoestima en contexto familiar y en la dimensión del SEI "Descontento consigo mismo". Sin embargo, sí hubo diferencias en la dimensión de la autoestima referida a las relaciones con los iguales. En concreto, el Grupo IV había mostrado puntuaciones significativamente *mayores* en esta faceta de la autovaloración (5.85 vs. 6.50, $p < .01$). Así pues, una alta autoestima en el contexto de los iguales parece ser un antecedente de ese paso de un grado medio de conducta antisocial a un nivel relativamente alto de este tipo de actividades.

En cuanto a la evolución que experimenta la autovaloración de los dos grupos de sujetos, los resultados de las pruebas "t" llevadas a cabo para comparar las puntuaciones en autoestima T1 con las puntuaciones en autoestima T2 se presentan en la Tabla 6.

TABLA 5.- Medias y desviaciones típicas en autoestima (T1) para el *Grupo III* (moderada conducta antisocial T1-moderada antisocial T2) y el *Grupo IV* (moderada conducta antisocial T1-alta conducta antisocial T2); valores F, grados de libertad y niveles de significación de las diferencias en autoestima (T1) entre ambos grupos

	GRUPO III		GRUPO IV		F	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	DESVIACION TIPICA	MEDIA	DESVIACION TIPICA			
Autoestima global (Rosenberg)	28.60	4.77	28.40	3.75	.17	1/306	n.s.
Autoestima en el contexto familiar	4.34	1.86	4.38	1.67	.04	1/307	n.s.
Autoestima en el contexto de los iguales	5.85	2.21	6.50	1.85	6.83	1/308	p<.01
"Descontento consigo mismo"	8.57	2.93	8.29	2.78	.99	1/307	n.s.

Nota: n.s. = no significativo

Vemos en dicha tabla que sólo en la autoestima referida al contexto de los iguales se produce un patrón de evolución similar para los Grupos III y IV; en concreto, en ninguno de los dos grupos se produjeron cambios significativos en esta variable entre la primera y la segunda toma de datos. En el resto de las dimensiones de autoestima las evoluciones son diferentes en los dos grupos; y, de nuevo, en todas estas dimensiones la evolución del

TABLA 6.- Medias y desviaciones típicas (SD) en autoestima medida en T1 y en T2 para los Grupos III y IV; valores t, grados de libertad y nivel de significación de las diferencias en autoestima entre ambas mediciones

AUTOESTIMA GLOBAL (Rosenberg)	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO III	28.62	4.62	29.45	4.62	-2.38	194	p<.05
GRUPO IV	28.40	3.75	28.26	4.29	.32	110	n.s.
AUTOESTIMA EN EL CONTEXTO FAMILIAR	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO III	4.33	1.87	4.12	1.89	.76	193	n.s.
GRUPO IV	4.38	1.67	3.84	1.82	3.02	111	p<.01
AUTOESTIMA EN EL CONTEXTO DE LOS IGUALES	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO III	5.84	2.21	5.92	2.88	-.88	196	n.s.
GRUPO IV	6.50	1.83	6.54	2.07	-.27	111	n.s.
DESCONTENTO CONSIGO MISMO	T1		T2		t	g.l.	Nivel de Signif.
	MEDIA	SD	MEDIA	SD			
GRUPO III	8.57	2.95	9.35	2.90	-2.38	195	p<.05
GRUPO IV	8.29	2.78	8.08	2.70	1.75	110	n.s.

Nota: n.s. = no significativo

Grupo IV es la más "desventajosa", i.e., o bien se produce estabilidad cuando en el otro grupo se producen incrementos o bien se producen decrementos cuando en el otro grupo se produce estabilidad.

Específicamente, observamos que, mientras el Grupo III ve aumentadas sus puntuaciones en autoestima global (28.62 vs. 29.45, $p < .05$) y en el factor "Descontento consigo mismo" (8.57 vs 9.35, $p < .05$), en el Grupo IV estas dos dimensiones permanecen invariadas. Y se observa que mientras en el Grupo III la autoestima en el contexto familiar no cambia, en el Grupo IV esta autoestima se ve deteriorada (4.38 vs. 3.84, $p < .01$).

A modo de resumen, los resultados derivados de nuestros análisis longitudinales no parecen indicar que la autoestima juegue un papel relevante como predictora de la iniciación en actividades desviadas ni como predictora del progreso de niveles medios a niveles altos de conducta antisocial. La única excepción parece radicar en la autoestima sentida en el grupo de iguales; puntuaciones altas en esta parcela de la autovaloración son un antecedente de la transición de niveles moderados a niveles relativamente elevados de conducta antisocial.

En cuanto a los cambios que se producen en la autoestima al aumentar la delincuencia, nuestros hallazgos sugieren que los incrementos en conducta antisocial parecen acompañarse de un decremento en la autoestima vivida en el entorno familiar y parecen provocar un cierto "estancamiento" en el desarrollo de la autoestima global y de la relacionada con el marco escolar.

DISCUSION Y CONCLUSIONES

Los resultados de nuestros análisis *transversales* han mostrado que entre autoestima y conducta antisocial existe una covariación significativa, pero de magnitud moderada. Este hallazgo se encuentra en consonancia con múltiples estudios anteriores (e.g., Burdett y Jensen, 1983; Leung y Drasgow, 1986; Lochman y Lampron, 1986; Singh et al., 1986), en los que se ha observado que, si bien ambas variables tienden a correlacionar, esta asociación no adquiere una gran intensidad.

No obstante, en nuestro estudio, conceptualizando y operacionalizando la autoestima como constructo multidimensional, hemos comprobado que esa conexión transversal es más potente cuando se establece entre conducta antisocial y "parcelas" específicas de la autoestima (sobre todo, autoestima

en el contexto familiar y en el ámbito escolar) que cuando se establece entre conducta antisocial y el aspecto más "global" de la autovaloración. Este tipo de enfoque nos ha permitido constatar además que la covariación entre autoestima y conducta antisocial no necesariamente adopta un signo negativo, como tradicionalmente se ha mantenido en la literatura sobre inadaptación social. La conducta antisocial parece asociarse negativamente con la autovaloración global y con la autoestima que el individuo experimenta en la familia y en la escuela, pero sin embargo, tiende a relacionarse positivamente con la autoestima sentida en el contexto de las relaciones con los iguales: los individuos que exhiben una alta implicación en actividades antisociales parecen ser individuos que muestran una cierta autodepreciación en los ámbitos convencionales, pero que, en el entorno de su grupo de pares, presentan una tendencia a mostrar niveles relativamente altos de autoestima. En definitiva, estos hallazgos ratifican la conveniencia de tener en cuenta la naturaleza multidimensional de la autoestima a la hora de examinar sus relaciones con la conducta antisocial; la mera consideración de la faceta más global de la autoestima (lo cual constituye la práctica más habitual en los estudios de esta área) puede actuar encubriendo el alcance y la dirección de las relaciones que configuran la vinculación entre autoestima y delincuencia.

Por otra parte, nuestros análisis *longitudinales* nos han mostrado que ni la autoestima "general" ni la autoestima experimentada en los contextos convencionales parecen desempeñar un papel relevante como predictores de la iniciación ni del escalamiento de las conductas antisociales; nuestros hallazgos parecen sugerir que una baja autoestima "general" y una baja autoestima en la familia y en la escuela son consecuencia, más que antecedente de la conducta antisocial. Probablemente la involucración en actividades antisociales tienda a desencadenar la aparición de rechazos y sanciones en grupos de pertenencia convencionales como la familia y la escuela; es probable que a través de mecanismos de esta índole esas facetas de la autovaloración resulten minadas.

En cuanto a la autovaloración sentida en el grupo de iguales, nuestros análisis indican que la progresión hacia altos niveles de conducta desviada tiende a estar precedida por elevados niveles de autoestima en este ámbito; quizás la posesión de un cierto "carisma" entre los iguales (y, por ende, una alta autoestima en este ámbito) tienda a actuar como una suerte de "condición" para la aceptación por parte de los grupos desviados y para la subsiguiente involucración en un alto grado de conducta desviada.

En definitiva, nuestros resultados, como los de otros estudios realizados en esta área de trabajo (e.g., Bynner et al., 1981; McCarthy y Hoge, 1984; Wells y Rankin, 1983) no apoyan los presupuestos mantenidos por Kaplan y por la teoría de la contención en lo referente a la relevancia que una baja autoestima puede tener en la génesis de los comportamientos antisociales. En este estudio hemos visto que una autoestima de carácter negativo no resulta ser un predictor significativo de la implicación en actos delictivos. La única dimensión de la autoestima que muestra algún poder predictivo sobre la delincuencia (la autoestima en el contexto de los iguales) lo hace justamente en sentido inverso al planteado por Kaplan: como acabamos de comentar, se encuentra que, a *menor* autoestima en las relaciones con los compañeros, *menor* probabilidad de involucración en actividades antisociales.

Tampoco hemos encontrado evidencia favorable al modelo de Kaplan en lo que respecta a los efectos de la conducta antisocial sobre la autoestima. Nuestros resultados, al igual que los de McCarthy y Hoge (1984) y Wells y Rankin (1983), nos indican que, *más que elevar la autoestima, la conducta antisocial lesiona la autovaloración* de los sujetos.

En general, de nuestro estudio parece desprenderse que, aun examinando las relaciones entre autoestima y conducta antisocial desde un prisma multidimensional, la autoestima no se revela como un factor de trascendencia crucial en la predicción de la conducta antisocial. No obstante, a nuestro juicio, esto no debe implicar que la variable autoestima tenga que ser relegada al olvido en los trabajos sobre inadaptación social. En primer lugar, es necesario reconocer que nuestro estudio, como otros efectuados en torno a este tema, se limita a abordar las influencias que se establecen entre autoestima y conducta antisocial a muy corto plazo; probablemente un año es un período de tiempo demasiado breve para desentrañar por completo la forma en que la autoestima puede afectar al desarrollo de conductas antisociales y para esclarecer totalmente de qué modo y en qué medida la implicación en conductas delictivas puede alterar la vivencia que el sujeto tiene de su propio yo. Sólo estudios longitudinales que se extiendan a lo largo de lapsos temporales más amplios podrán dilucidar con mayor precisión la dinámica de relaciones entre la autoestima y la delincuencia.

Y, en segundo lugar, probablemente se necesiten trabajos que, en el estudio de estas relaciones, incluyan otras variables que quizás puedan ser relevantes como mediadoras de las conexiones que se establecen entre estos constructos. Una baja autoestima, en sí misma, puede no contar con una gran relevan-

cia como instigadora de comportamientos desviados; de hecho, una autovaloración débil puede llevar a ciertos patrones conductuales (e.g., inhibición, retraimiento...) que son incluso *opuestos* a los comportamientos requeridos por una implicación activa en "subculturas" desviadas. Pero quizás una baja autoestima en presencia de otras variables sí juegue algún papel motivador de comportamientos antisociales; sería necesario investigar, pues, si existen características individuales o situacionales cuya *interacción* con una autovaloración débil pueda conducir a que el individuo adopte cursos de acción desviados. En este sentido, Arbuthnot, Gordon y Jurkovic (1987), por ejemplo, han sugerido que actitudes, valores, estilos cognitivos e incluso el nivel intelectual pueden ser variables que medien el efecto de una baja autoestima sobre la delincuencia.

De momento, hoy por hoy los trabajos existentes (entre ellos, el nuestro) tienden a indicar que la autoestima, *por sí sola*, no es precisamente el "núcleo" de la conducta antisocial. Y nos indican así que, tal y como en algunas ocasiones la historia de la intervención en delincuencia ha ilustrado (e.g., Berleman y Steinbrun, 1967; Lundman y Scarpitti, 1978; Maron, 1976; Reckless y Dinitz, 1972), la efectividad de los programas centrados *exclusivamente* en la potenciación de la autoestima no está en absoluto garantizada.

BIBLIOGRAFIA

- Arbuthnot, J., Gordon, D.A. y Jurkovic, G.J. (1987). Personality. En H.C. Quay (Ed.), *Handbook of juvenile delinquency*. New York: John Wiley & Sons.
- Berleman, C. y Steinbrun, S. (1967). The execution and evaluation of a delinquency prevention program. *Social Problems*, 45, 413-423.
- Bracken, B.A. y Mills, B.C. (1993). Assessment of self-concept. A comprehensive evaluation of ten instruments. Manuscrito no publicado. Memphis State University.
- Burdett, K. y Jensen, L.C. (1983). The self-concept and aggressive behavior among elementary school children from two socioeconomic areas and two grade levels. *Psychology in the Schools*, 20, 370-375.
- Bynner, J.M., O'Malley, P.M. y Bachman, J.G. (1981). Self-esteem and delinquency revisited. *Journal of Youth and Adolescence*, 10, 407-441.
- Carrillo-de-la-Peña, M.T. (1993). *Un análisis del concepto de impulsividad y de su importancia para la comprensión de la conducta antisocial en los adolescentes*. Tesis Doctoral no publicada. Universidad de Santiago de Compostela.

- Coopersmith, S. (1959). A method for determining types of self-esteem. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 59, 87-94.
- Delugach, R.R., Bracken, B.A., Bracken, M.J. y Schike, M.C. (1992). Self concept: Multidimensional construct exploration. *Psychology in the Schools*, 29, 213-223.
- Eccles, J.S., Wigfield, A., Flanagan, C.A., Miller, C., Reuman, D.A. y Yee, D. (1989). Self-concepts, domain values, and self-esteem: Relations and changes at early adolescence. *Journal of Personality*, 57, 283-310.
- García Torres, B. (1983). *Análisis y delimitación del constructo autoestima*. Tesis doctoral. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- Kaplan, H.B. (1972). Toward a general theory of psychosocial deviance: The case of aggressive behavior. *Social Science and Medicine*, 6, 539-617.
- Kaplan, H.B. (1975). Sequelae of self-derogation: Predicting from a general theory of deviant behavior. *Youth and Society*, 7, 171-197.
- Kaplan, H.B. (1977). Self-attitudes and deviant responses: Predicting from a general theory of deviant behavior. *Journal of Youth and Adolescence*, 6, 89-101.
- Kaplan, H.B. (1978). Deviant behavior and self-enhancement in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 7, 253-277.
- Kaplan, H.B. (1980). *Deviant behavior in defense of self*. New York: Academic Press.
- Kaplan, H.B. (1984). *Patterns of juvenile delinquency: Social origins, continuities, and consequences*. Beverly Hills: Sage.
- Kaplan, H.B. y Fukurai (1992). Negative social sanctions, self-rejection, and drug use. *Youth and Society*, 23, 275-298.
- Kaplan, H.B. y Johnson, R.J. (1991). Negative social sanctions and juvenile delinquency: Effects on labelling in a model of deviant behavior. *Social Science Quarterly*, 72, 98-122.
- Kaplan, H.B., Johnson, R.J. y Bailey, C.A. (1987). Deviant peers and deviant behavior: Further elaboration of a model. *Social Psychology Quarterly*, 50, 277-284.
- Kaplan, H.B., Johnson, R.J. y Bailey, C.A. (1988). Explaining adolescent drug use: An elaboration strategy for structural equations modeling. *Psychiatry*, 51, 142-163.
- Kaplan, H.B., Martin, S.S. y Robbins, C. (1982). Application of a general theory of deviant behavior: Self-derogation and adolescent drug use. *Journal of Health and Social Behavior*, 23, 274-294.
- Kaplan, H.B., Martin, S.S. y Robbins, C. (1985). Toward an explanation of increase of involvement in illicit drug use: Application of a general theory of deviant behavior. *Research in Community and Mental Health*, 5, 205-252.
- Kaplan, H.B. y Peck, B.M. (1992). Self-rejection, coping style, and mode of deviant response. *Social Science Quarterly*, 73, 909-919.

- Kaplan, H.B., Robbins, C. y Martin, S.S. (1984). Subcultural variation in multivariate models of self-attitudes and delinquent behavior. *Research in Community and Mental Health*, 4, 73-108.
- Leung, K. y Drasgow, F. (1986). Relation between self-esteem and delinquent behavior in three ethnic groups. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 17, 151-167.
- Leung, K. y Lau, S. (1989). Effects of self-concept and perceived disapproval of delinquent behavior in school children. *Journal of Youth and Adolescence*, 18, 345-359.
- Lochman, J.E y Lampron, L.B. (1986). Situational social problem-solving skills and self-esteem of aggressive and nonaggressive boys. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 14, 605-617.
- Luengo, M.A., Carrillo-de-la-Peña, M.T., Otero-López, J.M. y Romero, E. (en prensa). A short term longitudinal study of impulsivity and antisocial behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*.
- Lundman, R.J. y Scarpitti, F.R. (1978). Delinquency prevention: Recommendations for future projects. *Crime and Delinquency*, 24, 207-220.
- Maron, A. (1976). The juvenile diversion system in action. *Crime and Delinquency*, 22, 461-469.
- Marsh, H.W. (1990). Confirmatory factor analysis of multitrait-multimethod data: The construct validation of multidimensional self-concept responses. *Journal of Personality*, 58, 661-692.
- McCarthy, J.D. y Hoge, D.R. (1982). Analysis of age effects in longitudinal studies of adolescent self-esteem. *Developmental Psychology*, 18, 372-379.
- McCarthy, J.D. y Hoge, D.R. (1984). The dynamics of self-esteem and delinquency. *American Journal of Sociology*, 90, 396-410.
- Mirón, L. (1990). *Familia, grupo de iguales y empatía: Hacia un modelo explicativo de la delincuencia juvenil*. Tesis Doctoral no publicada. Universidad de Santiago de Compostela.
- Otero-López, J.M. (1992). *Droga y delincuencia: Naturaleza y alcance de la relación en los adolescentes*. Tesis Doctoral no publicada. Universidad de Santiago de Compostela.
- Reckless, W.C. (1961). A new theory of delinquency and crime. *Federal Probation*, 25, 42-46.
- Reckless, W.C. (1967). *The crime problem*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Reckless, W.C. y Dinitz, S. (1972). *The prevention of juvenile delinquency: An experiment*. Columbus: The Ohio State University Press.
- Rosenberg, M. (1965). *Society and the adolescent self-image*. New Jersey: Princeton University Press.
- Silber, E. y Tippett, J. (1965). Self-esteem: Clinical assessment and measurement validation. *Psychological Reports*, 16, 1017-1071.
- Singh, O.P., Verma, R., Arora, M. y Agrawi, P. (1986). Self-image of institutionalized

male delinquent adolescents. *Journal of Human Development*, 22, 7-13.

Spatz, K.C. y Johnston, J.O. (1973). Internal consistence of the Coopersmith Self-Esteem Inventory. *Educational and Psychological Measurement*, 33, 875-876.

Wells, L.E. y Rankin, J.H. (1983). Self-concept as a mediating factor in delinquency. *Social Psychology Quarterly*, 46, 11-22.